

Todo lo que tiene de justo el socialismo en sus reclamaciones, la Iglesia es la primera en reconocerlo y en hacerlo ver y saber a los capitalistas y los proletarios. Pero la Iglesia y la misma recta razón reprobaban los medios injustos, inmorales y hasta impíos de que quieren valerse los socialistas para lograr su intento.

Y a pesar de esa injusticia e inmoralidad, mucho terreno pueden ganar los socialistas en la clase obrera y proletaria; porque sus teorías halagan las pasiones y prescitan promesas muy risueñas, aunque irrealizables.

Así como la Iglesia tuvo virtud divina para convertir a los emperadores romanos, y hacer que después de un Nerón viniera un Constantino, la tendrá ahora para tomar al pueblo y unirlo con la verdadera democracia social; pero después de instruirlo y educarlo para que sepa usar de sus derechos.

Esto es, pues, lo que pretendemos los Prelados católicos, obedientes a las enseñanzas del Sumo Pontífice: queremos facilitar a la clase obrera los medios para que mejore de condición; pero de una manera armónica, procurando juntamente con su elevación económica, su instrucción civil y religiosa, y teniendo siempre en cuenta que para nada pueden violarse los derechos de la justicia, equidad y moralidad que amparan al capital y al trabajo.

Para conseguir este fin tan noble, tan patriótico, necesitamos de la eficaz ayuda de todos sin excepción; y sin duda alguna que la misma obligación que Dios nos impuso de mirar por el bien de la sociedad en que vivimos; y de amar since-

ra y prácticamente a la Patria que nos dió, está urgiéndose para que cooperemos a la acción social católica, única capaz de oponerse los funestos ataques del socialismo.

La acción social católica tiene por fin primario organizar a las clases inferiores de obreros proletarios en una verdadera familia que dueña de sus derechos, pueda hacerlos valer, pero sin lesión de derechos ajenos, y con entera sumisión a las leyes eternas de la justicia y de la moral.

Sólo de esta manera podrá equilibrarse la sociedad conforme al ideal que la Providencia de Dios le marcó al instituirlo.

Si fuera de estos principios se busca la reforma de la sociedad actual, pasará lo mismo que cuando el liberalismo, hijo de la revolución, quiso acabar con la nobleza, encumbrando a los burgueses, que éstos se constituyeron en tiranos del pobre; igualmente el socialismo encumbrando al pobre lo convertirá en tirano el más cruel de las demás clases.

Las diversas clases sociales, que mal que pese a los socialistas, siempre las habrá en el mundo, no son antagónicas, sino diversas partes de un todo, que deben vivir en armonía y mutua concordia, aspirando unas al bien de las otras, y todos al bien del todo que es la misma sociedad.

Pedimos ante todo, la cooperación del clero, al cual quisiéramos muy instruido en estas materias, y muy penetrado de la gran eficacia de su acción para ilustrar a los fieles todos en sus deberes sociales, y para organizar las agrupaciones